

**EMBAJADORES
DE ESTADOS UNIDOS EN
MÉXICO
DIPLOMACIA DE
CRISIS Y OPORTUNIDADES**

**ROBERTA LAJOUS, ERIKA PANI,
PAOLO RIGUZZI Y MARÍA CELIA TORO
(COORDINADORES)**

**EL COLEGIO DE MÉXICO
SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES**

El estilo personal de representar

Leonardo Curzio

Centro de Investigaciones sobre América del Norte-UNAM

Roberta Lajous, Erika Pani, Paolo Riguzzi y María Celia Toro (coords.), *Embajadores de Estados Unidos en México. Diplomacia de crisis y oportunidades*, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2021, 369 pp.

Hace unos meses visité a Ken Salazar (embajador de Estados Unidos) para entrevistarle. En la mesa del salón donde me recibió pude ver el libro objeto de esta reseña. Hablamos algunos minutos del texto antes de iniciar la conversación televisiva, y le conté que, en mi experiencia, como observador de las relaciones bilaterales, había tenido la fortuna de entrevistar y dialogar con varios de sus predecesores. Sin entrar en detalles, que no tienen importancia para el propósito central de este texto, recordaba que la interacción con John D. Negroponte en la Trilateral y en varias reuniones sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte; con Jeffrey Davidow en múltiples ocasiones en México y San Diego; con Tony Garza, de quien aprendí los alcances y límites que un embajador cercano al presidente tiene. Quedé siempre deslumbrado por la inteligencia de Pascual y el profundo conocimiento de la técnica diplomática de Wayne. Disfruté del talento y carisma político de Roberta Jacobson. El destino quiso que a Christopher Landau no lo tratara directamente, pues la cita que teníamos prevista coincidió fatalmente con el inicio de la pandemia, estuve un par de veces con él en reuniones en Zoom y poco más.

La conversación informal y breve con Salazar antes de la entrevista¹ se centró en Josephus Daniels, con quien (le decía) encontraba algunos

¹ Está disponible en adn40mx, "Embajador Ken Salazar en Así Amanece", en YouTube, 21 septiembre 2022, en <https://youtu.be/EZ3c7agwuxk> (fecha de consulta: 3 de octubre de 2022).

paralelismos. Gracias al capítulo de Paolo Riguzzi en este libro, hoy tenemos una idea más precisa de lo que representó el embajador de Roosevelt que había sido secretario (al igual que Salazar). Mantenía una autonomía funcional respecto a las pretensiones de las empresas estadounidenses y era empático (hasta extremos que irritaban a Foggy Bottom) con los argumentos del Gobierno mexicano.

En futuras ediciones probablemente se analizará la figura de Salazar, que llegó a México con la etiqueta de lobista de las empresas de energía y poco a poco su habilidad política que le ha dado acceso a la oficina presidencial ha transformado su misión. Pero ése es otro tema.

Todo esto viene a cuento para decir que los embajadores de Estados Unidos no son una pieza irrelevante en la maquinaria de una política exterior definida en una distante oficina de la capital. Los embajadores han marcado, con su estilo personal, la relación bilateral. Cuando pienso en el estilo personal incluyo su trayectoria, su bagaje previo, su cercanía al presidente, su vinculación o lejanía cultural o lingüística con México y, por supuesto, su ideología.

En una relación (como la de México y Estados Unidos), que tiene el determinismo de la vecindad, se impone un tratamiento diferente al resto de Latinoamérica, y por ello el poder del embajador es crucial. Las relaciones internacionales de la potencia en un sentido más amplio son vistas por el Departamento de Estado, el Pentágono o cualquier otra agencia. En el caso de México, el embajador desempeña un papel fundamental para delinear, ampliar o restringir el abanico de opciones, así como darle el tono de mayor o menor sintonía en cada una de las etapas históricas.

Es un acierto de los coordinadores centrarse (como categoría de análisis) en los embajadores y además hacerlo con tanto rigor y buen tino. Como se recuerda en la introducción, teníamos el muy valioso antecedente de Ana Rosa Suárez Argüello, a quien debemos la guía de los representantes diplomáticos estadounidenses, pero nunca (que yo sepa) se había descendido con tanta profundidad y con un ánimo de sistematizar el conocimiento del rol de los representantes de Estados Unidos, como ocurre en esta obra.

En la selección de los casos estudiados, hay por supuesto algunos muy conocidos y otros menos conspicuos, como Thomas Corwin o Henry P. Fletcher, John W. Foster o George S. Messersmith, que sin embargo fueron un factor clave en su momento. Hay algunos que han tenido una gravitación visible para coadyuvar a estabilizar la vida interna del país, como Dwight W.

Morrow y otros que han tenido un efecto polarizador y disruptivo como John Gavin. Hubo embajadores que lograron atemperar, en momentos de gran tensión, el clima y asegurar canales de comunicación; otros consiguieron dar una mayor autonomía a su gestión respecto a los intereses empresariales o políticos, que intentaban influir en la toma de decisiones; muchos apostaron, hasta su propio pecunio, para desescalar la crisis y garantizar la continuidad de la relación con México.

Cada uno de los capítulos tiene su mérito, pero la visión de conjunto les da un alcance muy valioso para entender mejor estos dos siglos de historia.

El libro se integra por 14 estudios de caso de 17 embajadores. Sus encargos se dan en momentos determinantes de la historia bilateral y la pericia o impericia política, las restricciones ideológicas o la apertura de miras para ampliar el entendimiento entre los dos países, dependía en gran medida del estilo personal del embajador.

Es importante señalar que, durante gran parte del siglo XIX, la política de Estados Unidos fue no enviar embajadores, puesto que, en la tradición diplomática del “antiguo régimen”, éstos eran representantes del rey, condición que se le negaba al presidente de Estados Unidos. Por tanto, deja de tener relevancia la polémica sobre si la generación de embajadores que va de Joel R. Poinsett hasta los acreditados a finales del siglo XIX eran sólo “representantes” y no embajadores. Esa política, nos recuerdan los coordinadores, se aplicaba también en Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia, y México iba a ser el primer país americano en recibir una embajada estadounidense en 1898.

Un viejo principio, elaborado por Thomas Jefferson a finales del siglo XVIII, establece que el máximo interés de la potencia era mantener estabilidad en las repúblicas americanas nacientes antes que apostar por transformaciones inciertas.² Es verdad que el postulado de Jefferson se refería a la relación de Estados Unidos con el Imperio español (relación clave para conseguir su independencia, como lo ha demostrado Thomas E. Chávez),³ pero después se ha convertido en una “constante diplomática” en la relación con el vecino del sur, que es privilegiar la estabilidad sobre cualquier otra consideración.

² José Fuentes Mares, *Poinsett. Historia de una gran intriga*, México, Jus, 1958.

³ Thomas E. Chávez, *España y la independencia de Estados Unidos*, Madrid, Taurus, 2005.

Como nos recuerda Ana Rosa Suárez Argüello en el primer capítulo, al polémico Poinsett le tocó desempeñar el papel de promotor de las virtudes del Gobierno republicano federal y democrático, cuando parte de la élite mexicana se inclinaba por la monarquía. Además, le toca convencer a los antiguos novohispanos, muchos de ellos filobritánicos, de que los ideales de la Doctrina Monroe eran un beneficio para México. Su primer interlocutor fue Lucas Alamán, quien tenía fuertes simpatías por Gran Bretaña. Es interesante constatar cómo la mayor parte de los autores de esta magna obra incorporan en sus análisis la percepción negativa que los diplomáticos tenían de México. Suárez Argüello destaca, por ejemplo, que Poinsett cargaba la leyenda negra y consideraba a los mexicanos “un pueblo más ignorante y libertino, de lo que habían sido sus antepasados”. Se ha criticado mucho su intromisión en los asuntos internos a través de los ritos masónicos, pero es evidente que el México moderno y el prestigio indiscutible de la forma de Gobierno republicano se deben a la expansión de las ideas impulsadas por Poinsett.

Es claro que en las primeras embajadas el temor mexicano al expansionismo estadounidense marcaba la relación; la colonización de Texas es el preámbulo de una etapa marcada por la expansión. El capítulo de Amy S. Greenberg versa sobre Nicholas Trist y su subtítulo es revelador: “diplomático sin autorización”. Aborda, por supuesto, el momento más doloroso de la relación, que es la Guerra México-Estados Unidos y el Tratado de Guadalupe Hidalgo que le puso fin. La consecuencia de ese tratado fue la sesión territorial que (como explica la autora) fue menor a la que anhelaba el presidente James K. Polk.

La figura de Trist ha sido revisada por varios autores,⁴ pero Greenberg trabaja los papeles del propio diplomático. El que México no se haya visto en el extremo a ceder también Baja California, Sonora y Chihuahua fue producto de su iniciativa. Trist era el funcionario de mayor rango en el Departamento de Estado, había sido alumno de Jefferson, y después se casó con su nieta y terminó por ser albacea del inquilino de Monticello.

Trist hablaba español y era un gran conocedor de la política interna, lo suficientemente hábil para redactar la documentación de la misión de Slidell

⁴ Alejandro Sobarzo, *Deber y conciencia. Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la Guerra del 47*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

en la que se pretendía convencer al Gobierno mexicano de vender California. Según la interpretación de la autora, la negativa de México a atender esa propuesta reforzó la convicción guerrera de Polk. En 1846 se asumía en muchos sectores que la guerra sería breve y se concentró en obtener una cesión territorial después de las victorias y controlar California y Nuevo México. Trist fue nombrado representante para consolidar y formalizar esas conquistas. La toma de la Ciudad de México por el ejército estadounidense y el abandono del inestable Santa Anna propulsó aún más la decisión de ocupar todo México, pero nuevamente la percepción negativa de los estadounidenses sobre México desempeñó un papel crucial.

El postulado de Trist era que la paz debería conseguirse exigiendo lo menos posible a México, consideración que no tenía precedente en la tradición estadounidense, y además en un inusual gesto se negó a ser retirado. Se consideraba el único que podía concluir un tratado y tenía la convicción de que prolongar la ocupación era imprudente y la anexión de todo el país contraproducente; convertir a México en una provincia conquistada acabaría por corromper y destruir a Estados Unidos.

La oposición de Trist no era hija de la magnanimidad, sino del pragmatismo y, en el fondo, del racismo. Alguna ocasión el general Winfield Scott escribió: “Los indios y la gente de raza mixta constituyen siete millones. Son excesivamente inferiores a los nuestros”. “Como amante de mi país me opuse a la mezcla de esa raza con la nuestra”. Pero su sentido moral también estimuló su deseo por alcanzar la paz en condiciones menos inicuas. Al regresar a Estados Unidos, Trist tuvo la animadversión de Polk y sufrió como represalia que le retuvieran por muchos años sus emolumentos.

Marcela Terrazas se ocupa de James Gadsden y diserta sobre los espacios para una diplomacia de la anexión. Gadsden era también sureño y, al igual que Poinsett, originario de Charleston; había acompañado a Andrew Jackson en la inspección de las fortificaciones del Golfo de México, cuya importancia ya la subrayábamos. La misión de Gadsden tenía cinco prioridades: mejorar la relación comercial; obtener solución a las reclamaciones; proponer la modificación de la frontera, fijándola sobre el paralelo 30; negociar la adquisición del territorio indispensable para la ruta del ferrocarril, y derogar el artículo 11 del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que obligaba al Gobierno de Estados Unidos a no perseguir indios nómadas en suelo mexicano.

No fue una relación fácil. Con Antonio López de Santa Anna y Manuel Díez de Bonilla se fue tensando y en múltiples ocasiones el *Guerrero Inmortal de Zempoala* solicitó a Washington la remoción del plenipotenciario. Gadsden apostó a retrasar el pago de tres millones de dólares que se le debían a México para precipitar la caída de Santa Anna.

Tras la ayuda recibida por Washington, el general Juan N. Álvarez dio inicio al Gobierno liberal e integró a su Gobierno proestadounidenses en cartas importantes. El entusiasmo de Gadsden con los liberales, sin embargo, iba a ser limitado. El arribo de Ignacio Comonfort a la presidencia (en diciembre de 1855) es un punto de inflexión. Al pago de la mencionada indemnización se sumó, un factor estadounidense, la presión de dos empresas que reclamaban la construcción de la vía férrea por Tehuantepec.

Los concesionarios demandaban la mediación del ministro para hacer prevalecer sus intereses. Gasden se opuso. Los concesionarios hicieron todo por derrocarlo: lo acusaron de intervenir en los asuntos internos de México y ser un obstáculo para una relación armoniosa. A Gasden le toca, en consecuencia, atender los asuntos de Estado y también tiene que lidiar con los poderosos intereses de banqueros, empresarios, especuladores y agiotistas que demostraban su creciente influencia en las decisiones de Washington. Fue, por así decirlo, “un injerencista bipolar”.

Quienes en 1848 abogaron para que el Senado mexicano ratificara el Tratado Guadalupe Hidalgo, se fundaban en el supuesto de que la frontera pactada ponía un límite al expansionismo estadounidense. Muy pronto se percatarían de su error. La necesidad de conectar los dos océanos abriría un nuevo cauce para la expansión de la joven república, lo que alteraría la relación con México y posteriormente con Colombia y otros países de América Central. Eran los tiempos del destino manifiesto, y en México ceder más territorio se volvió políticamente tóxico y resueltamente antipatriótico.

Erika Pani revisa la visión de tres diplomáticos: John Forsyth Jr., Robert M. McLane y Thomas Corwin, a quienes les tocó el impacto de la guerra civil en México y el largo conflicto que dividió a Estados Unidos de manera casi paralela, escindiendo a ambos en luchas intestinas. Forsyth estuvo ligado profesional y políticamente con el estratégico puerto de Mobile, Alabama, que desde el siglo XVIII desempeñó un papel muy importante en la salida del Misisipi al Golfo de México, y tenía la instrucción de asegurar la compra de Baja California, Sonora y parte de Chihuahua, además de abrir paso

al comercio estadounidense en el mercado mexicano, entonces con una gran presencia británica, y garantizar el paso por el Istmo de Tehuantepec.

En medio de la disputa entre conservadores y liberales, Buchanan decidió enviar a Robert McLane como su representante. El designado había negociado cuestiones comerciales con China y era egresado de West Point. Sus objetivos eran, en esencia, los mismos que los de su predecesor: insistir en el paso por Tehuantepec, la venta de Baja California y las reclamaciones. De ahí que se concertará McLane con el ministro de Relaciones Exteriores Melchor Ocampo para construir el tratado que lleva por nombre sus apellidos (McLane-Ocampo) y considerado como el arquetipo del arreglo diplomático vejatorio. El instrumento en cuestión reconoció el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec y la protección militar de la ruta; se reconocía también el derecho de paso de tropas estadounidenses entre Nogales y Guaymas, y en cualquier punto del Río Bravo a Mazatlán. El Gobierno mexicano recibiría cuatro millones de dólares para atender las reclamaciones de ciudadanos estadounidenses y el Congreso estadounidense se arrogaba la facultad de determinar los artículos que entrarían sin aranceles y fijar cuotas sobre otros. Las concesiones a los estadounidenses generaron escándalo y el tratado fue rechazado por el propio Senado de Estados Unidos. McLane consideraba que su tratado abría el camino de la admisión de todos los estados mexicanos a la Unión, como había ocurrido con Texas.

El nombramiento de Corwin, por parte del presidente Lincoln, fue presentado como un vuelco en la actitud del coloso hacia México. Se buscaba establecer una relación diferente a pesar de que seguía mediada por los intereses de inversionistas, especuladores e incluso filibusteros. El representante estadounidense vio cómo a finales de 1861 desembarcaron en Veracruz las tropas de la alianza tripartita y firmó varios tratados que preveían la extensión de un crédito para que México pudiera cubrir, una de sus debilidades estadounidenses: el servicio de su deuda externa.⁵

Finalmente, a pesar de la fragilidad de la posición mexicana, la adquisición de territorio se frustró por la tenacidad de los dos bandos enfrentados en México y también por las crecientes contradicciones entre el norte y el sur de Estados Unidos en su modelo de organización social: los estados del sur defendían el esclavismo.

⁵ Carlos Marichal, *Historia de la deuda externa en América Latina*, Madrid, Alianza, 1988.

El capítulo de Heredia González se centra en el reconocimiento de Porfirio Díaz en 1876. Foster, quien había hecho su carrera política de la mano de Ulysses Grant, permaneció siete años en México y su prioridad fue la pacificación de la frontera, la lucha contra el contrabando y los ataques de los llamados “indios belicosos”, filibusteros y ladrones de ganado. El tema de la conflictividad de la frontera era tan importante que, en 1872, el Congreso de Estados Unidos había designado una comisión especial para investigar las depredaciones cometidas en Texas; la comisión mexicana respondió en 1873. Foster se encuentra, pues, con una violencia creciente y una presión texana que buscaba, ya desde entonces, una política de mano dura contra México.

Grant fue reconocido como uno de los “mejores amigos” de México y, a diferencia de gran parte de los sureños, trató las cuestiones mexicanas con más equilibrio. El cambio de presidente a Rutherford Hayes implicó una variación en la política de la frontera, pues los vecinos optaron nuevamente por aplicar una política de mano dura. El endurecimiento volvió a levantar el fantasma de otra guerra y Foster presionaba al Gobierno de Porfirio Díaz por una solución hasta que a finales de 1877 el oaxaqueño, al mismo tiempo que atendía la frontera con el envío de tropas, impulsó una campaña de promoción pública en Estados Unidos en favor de su Gobierno, la cual, al parecer, tuvo efecto. Foster reabrió la instrucción de reconocer al Gobierno de Díaz, porque Estados Unidos no podía recibir pagos de un Gobierno que no reconocía.

El capítulo de Luis Barrón aborda la coyuntura de la Primera Guerra Mundial y la embajada de Henry P. Fletcher. Mucho se ha comentado del telegrama Zimmermann de 1917 y la posibilidad de que México abriera un frente alemán para atacar Estados Unidos,⁶ pero como recuerda Barrón, gracias a las personalidades de Woodrow Wilson y Venustiano Carranza, así como a sus embajadores, el conflicto pudo conjurarse. Si Wilson ha pasado a la historia, con todo mérito, como uno de los grandes internacionalistas, debemos a Javier Garciadiego una lectura muy acuciosa de la política exterior de Carranza,⁷ quien demostró tener dotes para entender la coyuntura internacional y el interés nacional en tiempos tan revueltos.

⁶ Friedrich Katz, *La guerra secreta de México*, México, Era, 2020.

⁷ Javier Garciadiego, *La Revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y Testimonios*, México, UNAM, 2018.

Fletcher era originario de Pensilvania y se sumaba a la lista de los embajadores norteamericanos que, por lo menos desde Corwin habían venido ocupando esa oficina, desplazando a los sureños, que desde Poinsett hasta Forsyth habían ocupado la representación. Fletcher tenía conexiones con J. P. Morgan y Thomas Lamont; fue embajador en Bélgica y subsecretario del Departamento de Estado. Sin conseguir una declaración pública de Carranza de que no estaría del lado alemán en caso de una confrontación con los americanos, Fletcher quedó convencido que México se mantendría neutral. Hizo un trabajo importante para convencer a su Gobierno de que era fundamental estabilizar el Gobierno de Carranza, en especial tras el ataque de Francisco Villa a Columbus.

A los nuevos problemas se sumaban los viejos. Los intereses de los petroleros presionaban para que Carranza modificara la Constitución. Finalmente, aunque Alemania tenía todos los incentivos para acercarse a México, Carranza no cayó en la tentación de rivalizar directamente con Estados Unidos. La prioridad de Fletcher fue mantener en paz a México durante el conflicto bélico. Lo importante para Wilson era tener las manos libres en Europa, sin preocuparse que los alemanes estuvieran en su frontera sur.

Cuando Wilson cae enfermo, a partir de 1919, la política exterior hacia México queda a cargo de Fletcher y Robert F. Lansing, y desde esa posición recomendó no reconocer al nuevo Gobierno de Obregón hasta que aceptara las condiciones que Carranza siempre había rechazado.

A María del Carmen Collado le debemos un capítulo que estudia una de las etapas más interesantes: el viraje a la negociación. Cuanto más se deterioraba la relación entre Plutarco Elías Calles y Calvin Coolidge, el presidente estadounidense le pidió a Dwight W. Morrow (que era socio de J. P. Morgan) que asumiera las funciones de embajador en México. Eran tiempos en los que se empezaba a acusar al país de ser la punta de lanza o la quinta columna de la Unión Soviética en contra de los intereses de Estados Unidos. Las empresas impulsaban ese relato, pero sus abusos, descrédito y corrupción llevaron a Morrow a realizar un recuento del fracaso de la diplomacia de mano dura y recomendara una política que estuviera más allá de los intereses corporativos.

La ley petrolera en 1925 era un tema central de confrontación. El *establishment* en Estados Unidos tenía la convicción de que los intereses de sus empresas formaban parte del dominio general de su nación y debían

ser defendidos con visión de un “Estado corporativo”. Entre las instrucciones que recibió para su misión en México destacaban cuatro puntos: lograr un acuerdo en el tema de las reclamaciones, conseguir un *modus vivendi* en los asuntos petroleros que acabara con la parálisis de la industria, persuadir a la administración para que terminaran los abusos de la reforma agraria y mantener un diálogo para valorar un embargo de armas interpuesto contra México desde noviembre de 1926.

Es interesante el apunte de Collado de que a diferencia de sus predecesores no menospreciaba a México. Veía con simpatía al vecino y era capaz de explorar los puntos en común para establecer la colaboración. La infancia de Morrow, plagada de limitaciones, lo hizo más compasivo hacia los menos favorecidos, en lugar de culparlos por su condición y tal vez proyectó esa visión hacia México. Desarrolló la idea de una “tutela moral”, según la cual los países poderosos tienen obligaciones con los menos favorecidos. Morrow logró aterrizar el diferendo petrolero, actualizó y reabrió el axioma de la estabilidad: si México es estable y seguro, los intereses estadounidenses serán cada vez más diversificados y se beneficiarán de su crecimiento económico.

En el caso del conflicto agrario, Morrow consiguió una solución intermedia. Reconociendo que el reparto agrario era un hecho consumado, parte del panorama político del país y, por lo tanto, sólo se podían esperar ventajas incrementales. Ayudó al *modus vivendi* entre Estado e Iglesia. Fomentó la diplomacia cultural, contrató a Diego Rivera para realizar el mural en el Palacio de Cortés en Cuernavaca y al despedirse organizó una exposición de artes mexicanas con el patrocinio de la Carnegie Foundation y el curador fue René D’Harnoncourt, quien entendía las artes locales como expresiones de la civilización mexicana, no como copias de lo extranjero. Morrow hizo de la cultura un vehículo de acercamiento y una estrategia para tratar directamente los asuntos conflictivos. El abandono de largos litigios jurídicos y la búsqueda de soluciones prácticas condujeron a un arreglo en temas más espinosos. Para Collado, este viraje marca el preludio de la política de la “buena vecindad”.

Uno de los capítulos más interesantes del libro es el consagrado a Josephus Daniels, quien llega a México a la edad de 71 años. Bajo la presidencia de Wilson, Daniels había sido secretario de Marina y, por tanto, responsable de la ocupación militar en Veracruz; tenía relaciones de amistad y

alianza política con Franklin D. Roosevelt, quien había sido su subordinado en la Secretaría de Marina. El interés central de su embajada fue el apego a “la política de la buena vecindad”. La estrecha amistad de Daniels con Roosevelt permitió que, en conjunto con Henry Morgenthau Jr., secretario del Tesoro, se creará un ambiente más favorable para México, que permitió ejercer un contrapeso a la actitud tradicional del Departamento de Estado y las compañías petroleras.

Daniels, a pesar de su empatía con la realidad mexicana, no hablaba español y tuvo que recurrir siempre a intérpretes. Los acuerdos de Bucareli de 1923 seguían generando fricciones y le correspondió a él (en 1934) negociar un finiquito. Siempre encontró un argumento favorable para justificar la postura mexicana, desde la penuria fiscal hasta conflictos burocráticos. Es interesante ver cómo el proceso de radicalización política de México también afectó a Daniels quien, a comienzos de 1938, manifestó a Roosevelt que mientras más viejo se hacía, más radical se volvía. Daniels era un embajador dual. Representaba a Estados Unidos, pero también era intérprete personal de una política de buena vecindad, cuya defensa asumió como una misión. Aunque tuvo el respaldo de Roosevelt, esta dualidad encerraba una contradicción inherente que se fue agudizando conforme crecía la radicalización de las medidas cardenistas en materia de derechos de propiedad. La expropiación petrolera, que como sabemos fue la más importante de las decisiones políticas de ese Gobierno, no afectaba directamente los grandes intereses económicos de Estados Unidos; el recuerdo de un escándalo por la asignación ilegal de permisos de asignación de terrenos con reservas petroleras federales a cambio de sobornos aún estaba fresca y era una referencia en la discusión política. La reacción de Washington, por tanto, fue moderada al no impugnar la decisión de expropiar y no respaldar la postura de Londres en contra de esa medida cardenista que ha explorado con detalle Lorenzo Meyer.⁸

La buena vecindad no debía ser afectada por una disputa económica provocada por la prepotencia de los intereses petroleros. La desconfianza de Daniels hacia el Departamento de Estado y viceversa incrementó la distancia y la prevención que primó a partir de 1938, no sólo sobre su actuación,

⁸ Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la revolución mexicana, 1900-1950: el fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991.

sino sobre la información que transmitía, que empezó a ser vista como incompleta, errónea y sesgada.

Blanca Torres aborda la relación bilateral durante la Segunda Guerra Mundial. George S. Messerschmitt llegó a México prácticamente cuando Estados Unidos entraba en el conflicto. Esa coyuntura dio lugar a un nuevo giro en las relaciones bilaterales para profundizar en la idea de que un México estable y cercano era lo más conveniente para Estados Unidos. Generó las condiciones para la primera visita de Roosevelt a Monterrey y la de Manuel Ávila Camacho a Corpus Christi.

El nuevo embajador estadounidense tuvo tareas inmediatas como la puesta en marcha de acuerdos para ampliar los renglones de la colaboración bilateral: asegurar el flujo hacia Estados Unidos de alimentos y productos mineros para apoyar el esfuerzo bélico; obtener la aceptación de Ávila Camacho de enviar trabajadores para sustituir a los estadounidenses que se incorporaban al ámbito militar; contribuir al esfuerzo de reducir el sentimiento antiestadounidense en amplios sectores de la población mexicana y aumentar el apoyo a la causa de los Aliados, tema que ha estudiado con mucho detalle José Luis Ortiz Garza,⁹ y estimular al Gobierno mexicano para que tuviera un papel activo en la promoción del apoyo a los Aliados en países latinoamericanos, y en buscar la colaboración de otros países.

El embajador era de los que apoyaban un trato suave para los países latinoamericanos frente a quienes favorecían las presiones y represalias políticas y económicas. Con Messerschmitt, queda más o menos claro que mantener un México estable y una cooperación por las buenas rendía más frutos que la presión directa y la confrontación.

A Messerschmitt le tocó coronar la colaboración bilateral en el terreno militar en el marco de la defensa colectiva del continente y la elaboración de un plan de defensa conjunto. Se dieron avances entre los que figura la participación de mexicanos que cumplían su servicio militar en Estados Unidos, cuya cuenta se calcula entre quince mil a doscientos mil, según las fuentes. También se llegó al acuerdo de disponer de petróleo mexicano sin importar quién lo produjera; la posición de Messerschmitt fue favorable al regreso de las compañías estadounidenses a la producción de petróleo,

⁹ José Luis Ortiz Garza, *Ideas en tormenta. La opinión pública en México en la Segunda Guerra Mundial*, México, Ediciones Ruiz, 2007.

mediante contratos con Petróleos Mexicanos o alguna otra modalidad. Desde luego el acercamiento estrecho entre Messerschmitt y Ávila Camacho facilitó la comparación e intensificó las relaciones económicas.

El capítulo de Soledad Loaeza versa sobre Francis B. White. Era como alguno de sus predecesores, un miembro distinguido del servicio exterior; fue dos veces subsecretario para América Latina. Tuvo una experiencia muy importante como vicepresidente de la agencia para apoyar a los tenedores de bonos para países en suspensión de pagos. Consolidó en México y Estados Unidos un entendimiento tácito de orden político o estratégico con un argumento compartido: el anticomunismo. En 1954 la relación bilateral dio un giro cuando Estados Unidos inauguró su funesta política de desfondar las frágiles democracias latinoamericanas. El embajador White, afirma Loaeza, se desempeñó como ejecutor del intervencionismo característico de Dwight D. Eisenhower, que se basaba en arrebatar la iniciativa a los comunistas para darle seguridad al “mundo libre” e instauró la idea de que había que desestabilizar las posiciones que la URSS había venido ocupando. No era el caso de Guatemala, pero ese país se constituyó en el primer eslabón de esa política exterior interamericana que favorecería en los años subsiguientes los “regímenes de seguridad nacional”. La bendición americana para derrocar a Jacobo Árbenz en Guatemala dejó a Adolfo Ruiz Cortines en un dilema. White consiguió que Ruiz Cortines apoyara sus postulados sobre Guatemala, salvo el de una intervención armada.

Durante su misión quedó claro que México formaba parte del conjunto latinoamericano y, por tanto, de la política hemisférica, pero su posición geográfica le confería ciertas ventajas al país, porque algunos temas requerían de una combinación de enfoque internos y otros externos. Es una relación especial, como la terminó bautizando Mario Ojeda. Con el tiempo, ese traslape entre temas internos y externos acabaría llamándose *la esfera interméstica*.

En esa etapa, pues, se consolida todavía más la “constante diplomática” que preconiza que la prioridad estadounidense es que México debe ser un país estable, seguro y colaborador en el ámbito internacional, pues se le ubicaba como uno de los centros más importantes de administración y propaganda del comunismo internacional.

A Ana Covarrubias le debemos el estudio de Thomas C. Mann, *Mister Latin America*, que llegó a México cuando se recrudecían las tendencias

de la Guerra Fría, buscando el respaldo de México a la política regional, que era un objetivo significativo de su predecesor: “el acuerdo para disentir” se logra después del esfuerzo por cambiar la política mexicana. Mann era texano, aprendió el español al mismo tiempo que el inglés; Lyndon Johnson lo nombró coordinador de la Alianza para el Progreso y secretario adjunto para Asuntos Interamericanos.

Para Mann, al igual que para White, el gran tema era contrarrestar la amenaza comunista en el hemisferio. John F. Kennedy se preocupaba por que México no parecía tomar la amenaza comunista con la misma aprensión. Estados Unidos llegó a aceptar la política hacia Cuba, pero el camino no fue fácil. Se supone que la designación de Mann fue el inicio del cambio de la política estadounidense. Mann estaba convencido de que Estados Unidos perdía poder de negociación frente a México, por lo que se propuso vencer a los mexicanos que México necesitaba más a Estados Unidos de lo que Estados Unidos a México.

En esa relación bilateral, según el embajador, necesitaba reciprocidad y respeto mutuo y en efecto hubo un acuerdo en lo sustancial que era la posición de México de apoyo en el conflicto bipolar con la aceptación de algunas diferencias que permitía al país hacer un juego constructivo de soberanía relativa y una distancia respecto a las atrocidades hemisféricas que vendrían después.

El capítulo de Miguel Ruiz-Cabañas dedicado a John Gavin es otro de los más interesantes. Gavin era actor y en California se vinculó a otro actor que llegó posteriormente a ser gobernador del Estado y luego presidente de Estados Unidos: Ronald Reagan. Uno de sus primeros objetivos fue buscar un acuerdo comercial con México, pero su prioridad era reafirmar el liderazgo de Estados Unidos en todo el mundo, incluyendo México, tratando de reducir el espacio de la discrepancia que se había generado en décadas previas.

Gavin, de origen mexicano, se sintió cómodo para hacer críticas públicas al Gobierno. Esas injerencias lograron alterar la constante diplomática de que el interés supremo con respecto a México era preservar la seguridad de la frontera sur. Rompió de manera atrabiliaria la tradición de abstenerse de realizar acciones y declaraciones de manera pública y sistemática que pudieran debilitar al régimen. Gavin, por el contrario, sentía que Estados Unidos debía presionar a México para cambiar en lo político y lo

económico, y que él personalmente era el encargado de hacerlo. Uno de los terrenos de confrontación fue Chihuahua con las elecciones de 1986 y el famoso “fraude patriótico”. La actitud de “procónsul” irritaba cada vez más a México. Se generó también una presión muy fuerte para que Tlatelolco se alineara con la política centroamericana de Reagan, crecientemente agresiva. Además, estaba el tema de las drogas y el famoso incidente de Enrique Camarena en Guadalajara, que envenenó el ambiente. Fue un sexenio particularmente tenso.

Roberta Lajous es autora del texto sobre John D. Negroponte, que aborda el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), probablemente la más grande de las transformaciones que ha tenido la relación en los últimos años. Negroponte había trabajado en la Casa Blanca en el Consejo Nacional de Seguridad y era cercano al presidente George H. W. Bush. Algunos anticipaban una tormenta, pero en ese frente fue una gestión discreta, en claro contraste con la de Gavin. No respondía públicamente a críticas muy frecuentes sobre su gestión en Honduras, las cuales reflejaban la sensación de agravio que la gestión de Gavin había dejado en México. Fue un embajador importante ya que coadyuvó a acercar a los dos países en el tema comercial que en décadas anteriores había sido francamente divisivo. México percibía que la integración comercial era contraria a sus intereses, de hecho, había denunciado el marco negociado durante la Segunda Guerra Mundial, mientras Negroponte afirmaba que la aprobación TLCAN institucionalizaría la aceptación de una orientación proestadounidense de la política exterior mexicana, es decir, una relación económica cercana con México traería beneficios políticos a los vecinos.

Al embajador Jones le tocó la ratificación del TLCAN, que tuvo en su momento algunas turbulencias, por las dudas de último minuto, formuladas por el presidente entrante William Clinton.

El último de los embajadores estudiados es Carlos Pascual. Fue el enviado de Barack Obama y llegó a México el día en que se celebraba la Cumbre de Líderes de América del Norte en Guadalajara. Era un diplomático y académico que dominaba los temas de seguridad. Su prioridad era aterrizar el impulso inicial que habían pactado Felipe Calderón y George W. Bush con su predecesor, Antonio Garza, un embajador interesante que merecería a mi juicio un capítulo en ediciones futuras del libro, pues fue el primer embajador en tiempos del México de la alternancia política.

Pascual hablaba español y poco a poco empezó a sentir que su papel era muy relevante tanto en lo interno como en el ámbito público. Empezó por ordenar los canales de interacción y comunicación de las agencias de Estados Unidos con sus contrapartes y ejerció una función que durante años se había dado por sentada: el jefe de todas las agencias estadounidenses con el Gobierno de México era el embajador.

Eran tiempos complicados, la violencia en México subía y para algunos ése era un síntoma de que la estrategia de seguridad estaba tocando fibras sensibles y, para otros, un ejemplo de su ineficacia. Las intervenciones públicas y declaraciones a la prensa de Pascual crecían, lo que molestaba al presidente Calderón,¹⁰ pero una revelación masiva de cables diplomáticos de Estados Unidos, conocida como WikiLeaks, terminó por avinagrar cualquier posible entendimiento entre Calderón y Pascual. El presidente de México pidió a Obama la salida de Pascual.

En suma, el libro, *Embajadores de Estados Unidos en México*, ofrece una valiosa cantidad de elementos analíticos para entender desde otra perspectiva las relaciones bilaterales y, en muchos casos, a confirmar lo que ya sabíamos. Con claridad, la obra demuestra que la tarea del embajador de Estados Unidos en México es crucial para orientar en un sentido o en otro la relación bilateral más importante para los dos países. Su publicación es una buena forma de celebrar los doscientos años de relaciones bilaterales.

¹⁰ Felipe Calderón, *Decisiones difíciles*, México, Debate, 2020.